

Figuras Imaginarias de la Violencia¹.

Roberto Manero Brito².

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
México, D.F.

Resumen.

El escrito expone la importancia de las figuras imaginarias de la violencia delincual. El trabajo de Girard sobre la dinámica antropológica de la violencia, es el punto de partida para el desarrollo de mi argumento sobre la civilidad y el orden social de nuestras sociedades modernas. La modernidad se construye sobre el sustrato de una dinámica sacrificial, que supone lo que Girard denomina la *violencia mimética*. Así, la violencia delincual juega con elementos imaginarios que podemos agrupar en el polo de los grupos delincuales, y en el de sus víctimas. El análisis de dicha dinámica, coloca a la violencia como un fenómeno analizador de los fundamentos imaginarios de nuestra sociedad, así como de la institución del sujeto moderno: un erotismo que contiene en sí mismo el germen del conflicto y la dominación. En nuestras sociedades modernas, hemos sido testigos del desmoronamiento de los soportes imaginarios de las formas tradicionales de civilidad, así como de las dinámicas institucionales del control social. Lejos de significarse como un deterioro o una *desaparición* del Estado moderno, las formas delincuales

1. Recibido para arbitraje: 24 de febrero de 2009. Recibido con correcciones indicadas por árbitros: 8 de mayo de 2009.

Este artículo sirvió de base a la conferencia del mismo título, impartida por el autor en el 1er. Foro Internacional sobre Civilidades y Des-Órdenes Sociales, organizada por el Instituto de Investigaciones Psicológicas y por la Facultad de Psicología – Xalapa, de la Universidad Veracruzana, en Xalapa, Veracruz, los días 27, 28 y 29 de mayo de 2009.

2. El autor de este artículo se apeg a la cláusula de Deslinde de Responsabilidad de Autoría de Subje/Civitas.

Sugerencia para citar este artículo:

Manero, R. (2009). Figuras Imaginarias de la Violencia. *Subje/Civitas*, 3. Consultado el [fecha] en <http://www.subjecivitas.com.mx/num3/manero-figuras-imaginarias.pdf>

actuales anuncian una nueva dinámica del control social, en la cual el terror, el miedo y sus secuelas sociales son la forma que adquiere la contradicción y el enfrentamiento entre el Estado y la Sociedad.

Palabras Clave: Violencia delincencial, violencia mimética, imaginarios, dinámica sacrificial, civilidad, orden social, víctimas, sujeto, Estado.

Abstract.

The paper aims to highlight the relevance of the imaginary figures of criminal violence. The work of Girard on the anthropological dynamic of violence is taken as the starting point of a discussion about civility and social order in our modern societies. Modernity is built upon a sacrificial dynamics that implies what Girard has called *mimetic violence*. Criminal violence implies imaginary elements that can be placed both, on the side of the criminal groups, and on the side of their victims. The analysis of such dynamic uncovers violence as an *analyzer phenomenon* of the imaginary foundations of our society, and of institution of modern subject. There is an eroticism that implies, in itself, the germ of conflict and domination. We have witnessed, in our modern societies, the crumbling of the imaginary bases of the traditional forms of civility, and the crumbling of institutional dynamics of social control. Contemporary criminal forms, far from being meant as signs of a deterioration of the State, or as signs of its disappearance, they announce a new dynamic of social control, in which terror, fear and their social sequels, are the forms acquired by contradictions and confrontations between the State and society.

Key Words: Criminal violence, mimetic violence, imaginary, sacrificial dynamic, civility, social order, victims, subject, State.

Civilidad, Orden Social y Dinámica de la Violencia.

El tema de la civilidad y el orden social es complejo, y ha sido el objeto medular de las disciplinas sociales desde hace mucho tiempo. ¿Cómo se organiza una sociedad para reproducirse? ¿Cuáles son las condiciones para la convivencia, para la posibilidad de sobrevivir a la violencia contenida en las mismas comunidades? ¿Cuáles son las formas históricas que han tomado los mecanismos y las instituciones cuya vocación es garantizar el orden social?

El primer elemento que salta a la vista frente a estos cuestionamientos, es la necesidad histórica de un aparato que garantice la convivencia pacífica entre los miembros de una sociedad. Dicho aparato, vía *pacto social* o como garante del *contrato social* debería ser

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 3
ENERO-JUNIO | 2009
ISSN 1870 6932

el Estado. Esta evidencia, sin embargo, ha sido discutida ampliamente desde diferentes corrientes de pensamiento y puntos de partida. La necesidad histórica del Estado ha sido criticada, por ejemplo, por las teorías anarquistas, y desde otros ángulos ha sido resaltado el carácter fallido de dicha institución en función del desarrollo y complejidad de la sociedad.

En este trabajo, es mi interés presentar algunas reflexiones pertinentes a la temática que nos convoca, en torno a la civilidad y el orden social. Estas reflexiones están organizadas en función de una perspectiva crítica a los reduccionismos sociológicos, politológicos o psicológicos en el análisis de la crisis de dichas instituciones, crisis que ha arrasado seguramente a las constelaciones conceptuales que las describen. La dinámica de la violencia que permea a nuestras sociedades y nuestras comunidades nos ha permitido desarrollar, desde una perspectiva psicosocial e institucional, una serie de hipótesis que intentan recuperar la complejidad de la problemática, y justificar desde allí un necesario abordaje multirreferencial³. Desde mi perspectiva, el proceso de complejización de las sociedades, que ha traído consigo la invención de una serie de instituciones destinadas a normar y regular la convivencia social, no ha desterrado ni neutralizado del todo la *violencia mimética*⁴ que define las comunidades originarias. Existe entonces una continua tensión y transformación mutua entre los sujetos de la violencia y sus instituciones. Las formas modernas de la delincuencia estarían definidas en función de dicha tensión.

Asimismo, podríamos presenciar la obsolescencia histórica de la *asistencia* como institución básica de control social, como *institución organizadora* de un orden social basado en la familia nuclear, y su relevo por otras construcciones sociales, posmodernas, en las cuales la *caducidad acelerada de la vida humana* está reflejada y se deposita en los objetos (y no viceversa).

En este sentido, la perspectiva antropológica sobre la violencia de René Girard⁵ permite reflexionar sobre aspectos que normalmente son desdeñados en los estudios sobre diferentes problemáticas sociales. Efectivamente, Girard parte de un concepto que resultaría fuertemente complementario con perspectivas psicoanalíticas en torno al *deseo* en el plano social. Para Girard⁶, la violencia en las comunidades y sociedades debe explicarse no como una violencia constitutiva, intrínseca, genética, constituida biológicamente en el sujeto. Más bien, la violencia debería pensarse desde una dinámica social que se origina en el *deseo mimético*. El *deseo mimético* tiene que ver, según este autor, con la constitución colectiva del deseo. Es decir, que el deseo se constituye en principio a partir de los bienes

3. Cfr. Ardoino, J. (1988). Vers la Multiréférentialité. En: R. Hess, R., y A. Savoye (Eds.), *Perspectives de l'Analyse Institutionnelle*. Paris: Méridiens-Klincksieck.

4. Ver: *infra*, p.3 y páginas siguientes.

5. Girard, R. (1995). *La Violencia y lo Sagrado*. Barcelona: Anagrama.

6. Girard, R. (2002). *Veo a Satán caer como el Relámpago*. Barcelona: Anagrama.

del otro. Esta concepción está fuertemente emparentada con el planteamiento lacaniano, en el sentido de que todo deseo es deseo del otro.

El planteamiento de Girard es interesante, ya que restituye la complejidad del movimiento del deseo. Las estructuras del deseo estarían elaboradas a partir de una alteridad constitutiva, sin la cual sería imposible el vínculo social. El vínculo, el deseo, se formula desde la posibilidad de *apropiación* o *apoderamiento* de los bienes del otro:

Aún sin definirlo explícitamente, lo que el décimo mandamiento esboza es una “revolución copernicana” en la inteligencia del deseo. Creemos que el deseo es objetivo o subjetivo, pero, en realidad, depende de otro que da valor a los objetos: el tercero más próximo, el prójimo. De modo que, para mantener la paz entre los hombres, hay que definir lo prohibido en función de este temible hecho probado: el prójimo es el modelo de nuestros deseos. Eso es lo que llamo deseo mimético (Girard, 2002. p. 26).

El *deseo mimético* supone, entonces, la posibilidad de desatar un encuentro violento, la estructura misma del deseo se plantea sobre un conflicto, el conflicto de una carencia que el *otro* me actualiza en la medida en la que me hace reconocermelo como yo mismo.

Sobre la estructura de este *deseo mimético*, se asienta la *violencia mimética*, es decir, una violencia que se engendra en ese mismo deseo, pero que se constituye como una espiral, como una vorágine que tiende a reproducirse indefinidamente, infinitamente. La venganza, la vendetta, el juego casi infinito de ofensas y violencia reclama más violencia. La violencia se responde con más violencia, y desde allí se estructura una espiral que es capaz de terminar con la comunidad misma, de hacerla llegar a su anonadamiento. La *violencia mimética* es esta vorágine interminable, este medio que entra en una crisis mimética que se debe resolver de alguna manera.

Si la comunidad, si la sociedad debe sobrevivir a su violencia, es necesario que algo la detenga o la redireccione. Surge así una dinámica sacrificial. La violencia entre todos debe ser desplazada a un punto, a un miembro de la comunidad que debe reunir ciertas características, y ejercerse sobre él. El ritual sacrificial surge así como un regulador de la violencia, muy frágil ciertamente, pero regulador al fin. La violencia colectiva, originada en esta posibilidad de desplazamiento y focalización, se descarga sobre la víctima sacrificial, sobre el *chivo expiatorio*, y de esta manera la comunidad regresa a un estado de calma, una tranquilidad transitoria antes de que vuelva la siguiente crisis mimética. La dinámica del sacrificio transforma la *crisis mimética* en una *crisis sacrificial*, y con esto abre una enorme cantidad de posibilidades de desarrollo del ritual.

En un análisis más profundo, podríamos objetar que en el planteamiento de Girard, el *deseo mimético*, de la misma manera que es propuesto por el psicoanálisis y por Lacan, surge y está estructurado, casi calcado, podríamos decir, a partir de una carencia. Deseamos el bien del otro. Sin embargo, desde el seno mismo de la teoría lacaniana, Guattari

cuestionaría esta postura. El deseo no se estructura en el limitado juego “mamá papá” de los familiarismos psicoanalíticos. El deseo es producción creadora de máquinas deseantes, creación de figuras imaginarias que orientan la acción y que otorgan sentido al mundo. Así, el deseo es básicamente una producción colectiva y anónima, una figura que no está necesariamente ligada a la falta y a la carencia, sino a la circulación y su enajenación en las formas sociales vigentes. El deseo deviene demanda, y se constituye como energía negativa, movimiento al interior de las formas establecidas, energía instituyente que erosiona con mayor o menor virulencia las estructuras instituidas⁷.

Hablar del deseo desde esta perspectiva nos remite necesariamente a su alienación. El deseo mimético de Girard es un deseo alienado, un deseo que circula en función de los satisfactores generados desde la imaginación atrapada. Y es desde allí donde surge la necesidad de la violencia. La violencia, en este contexto, resulta impensable sin la enajenación del deseo. No es, como lo plantearía Girard, expresión última del *deseo mimético*, sino constatación de una imaginación castrada desde el deseo enajenado.

Lo que resulta interesante de estos planteamientos es el destino de la dinámica de la violencia. Este destino manifiesto lleva a la estructuración de ciertas formas de civilidad. El sacrificio acota la violencia, la ritualiza y la contiene. El sacrificio está en el origen de muchas religiones, y casi todas las deidades juegan con la figura del *chivo expiatorio*. El descubrimiento de la dinámica imaginaria e inconsciente en *Tótem y Tabú* resultaría la banal confirmación de una regularidad antropológica.

Los pueblos no inventan a sus dioses: divinizan a sus víctimas. Lo que impide a los investigadores descubrir esta verdad es su negativa a leer entre líneas y captar la violencia real en los textos que la describen. El rechazo de lo real es el dogma número uno de nuestro tiempo. Es la prolongación y perpetuación de la ilusión mítica original (Girard, 2002. p. 99).

El origen de los sistemas judiciales modernos, supuestos garantes de la civilidad en las civilizaciones occidentales, lo encontramos en el Derecho Romano y las instituciones que le dieron origen. En sus inicios, el Derecho Romano podría ser considerado una serie de acciones rituales que tendían a establecer cierta coherencia y racionalidad en el intercambio social y la gestión de la violencia colectiva. A diferencia de la gestión de las comunidades más primitivas, en las que el sacrificio supone una renuncia más o menos definitiva —pero nunca cumplida— a la venganza, los sistemas judiciales modernos sí se plantean el *castigo* a quienes violentan la normatividad vigente. Sólo el Estado puede ejercer legítimamente la violencia, por lo cual es necesario la renuncia a la venganza privada. El Estado revive la posibilidad de una venganza que no deviene *violencia mimética*. No obstante, el ejercicio legal y legítimo de su función judicial revela algo que podríamos haber sospecha-

7. Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y Transversalidad*, México: Siglo XXI.

do: la preocupación fundamental del sistema se sitúa más en la neutralización de la violencia de las víctimas, que en la persecución del delito⁸.

De esta manera, ese lapsus del sistema judicial nos revela la permanencia, en estado latente, de esas fuerzas que debieron ser conjuradas. La crisis mimética, el deseo mimético, las crisis sacrificiales no están tan lejos de nosotros. Es lo que nos dice el lapsus estatal. Nuestras sociedades no tienen resuelto el problema de la gestión de la violencia, ni siquiera del lugar de la norma y la representación de la delincuencia. La figura del Estado y su gestión monopólica de la violencia legítima, resultó ser una promesa que no podía ser cumplida. El equilibrio y la estabilidad prometida por los sistemas judiciales, resultaron ser tan precarios como los obtenidos por los rituales de sacrificio. Es por ello que las formas de civilidad asentadas en la figura imaginaria de la Ley, así como el orden social que deriva de ellas, resultaron ser tan inestables y precarios. Nuestras grandes construcciones civilizatorias resultaron ilusiones, espejismos tras los cuales se mantiene viva y latente la lógica de la violencia sacrificial.

Figuras Imaginarias de los Grupos Delincuenciales.

Hay una característica que debemos resaltar del ejercicio de la delincuencia actual. Parecería que la finalidad explícita: el asalto, el robo, incluso el asesinato, hubiera pasado a un segundo término. Estamos en momentos en los que se vive una crueldad exacerbada y aparentemente innecesaria. Resulta frecuente encontrar noticias en las cuales se describe hallazgos de cuerpos torturados, estallados, víctimas que han sido descuartizadas, y una serie de cuestiones dignas de una imaginación enferma.

Asimismo, la idea de una *delincuencia organizada*, de mafias, de grupos altamente organizados y sofisticados ya no es extraña. Parecería que este tipo de grupos son los que dominan una escena que desborda la nota roja y poco a poco se mudan al plano político, a las primeras planas en lo que se refiere a las problemáticas nacionales.

Nos preguntamos si la delincuencia va aparejada a la violencia. Nos preguntamos si ya se perdió esa especie de ética que permitía que un ladrón robara sin ser percibido, que escondía su acto, que el ejercicio de una violencia física sobre su víctima era la constatación del fracaso de su formación como carterista, como asaltante de domicilios, como robabolsos...

Ahora la delincuencia está indisolublemente ligada con la violencia. En los asaltos se ejerce una tortura innecesaria. Los secuestros, aunque sean “expres”, suponen una dosis de golpes y torturas, así como amenazas sobre la integridad personal y de las familias. Nos preguntamos si el objeto de la acción delictiva es precisamente obtener los be-

8. Véase: Manero, R., y R. Villamil (2004). La Violencia de la Sospecha: La Construcción de la Víctima en el Planteamiento Victimológico. *El Cotidiano* No. 127, UAM-A, Sep.-Oct. 2004.

neficios materiales (dinero, un auto, una venganza, la satisfacción sexual), o el ejercicio de un poder (especialmente patente en el caso de los violadores), el ejercicio del terror, la capacidad de generar temor en los otros como condición para la existencia social del delincuente⁹.

A este ejercicio evidente de una violencia más que explícita, corresponde también una visibilidad mucho mayor de las redes delincuenciales. Poco a poco, la estructura de los grandes cárteles de la droga se va convirtiendo en moneda corriente. Las relaciones y correspondencias, los diferentes grupos y sus afiliaciones son objeto ya no sólo del comentario, sino de idealización y colocación en planos épicos y heroicos, a través de corridos que describen la constitución del mundo delincencial.

He estructurado una aproximación a la temática de los grupos delincuenciales a partir de dos hipótesis complementarias: por un lado, tras la aparente oposición entre el Estado y estos grupos, subyace una terrible complementariedad. Esta complementariedad está dada por cierta identidad en las finalidades: el miedo y el terror. La quiebra de la función sociopolítica de la *institución asistencial*¹⁰ en la gestión del riesgo político del Estado, y el traslado de la función del *orden social* a las formas mucho más violentas de la *guerra de baja intensidad* y los modelos que de allí se desprenden, de las metáforas de su método, nos plantean una gestión de neutralización política de la sociedad, en la cual el miedo y el terror son elementos básicos de desmovilización política: atacan directamente en los vínculos solidarios y establecen una *censura* interiorizada, tal como sucedió en las dictaduras de los países sudamericanos de los años 70 y 80.

La segunda hipótesis, complementaria de ésta, plantea que los grupos delincuenciales poco a poco han aumentado su complejidad, su organización está cada vez más desarrollada e institucionalizada, y cuentan además con procedimientos altamente sofisticados. El desarrollo de esta compleja organización no es posible sin un proceso de maduración, un largo proceso de consolidación de pequeños grupos delincuenciales en grandes mafias corporativas, capaces de infiltrar y de determinar las políticas del Estado. Más que grupos delincuenciales, lo que se vive actualmente son grandes organizaciones dedicadas a la delincuencia, que en ocasiones tienen verdaderas formas institucionales. Estas organizaciones delincuenciales se han alimentado no solamente de una población abierta, para la cual la delincuencia podría ser alguna alternativa ante la falta de perspectivas de futuro y a partir de su propio resentimiento social.¹¹ Asociada a ésta, también

9. Véase: Manero, R., y Villamil, R. (1998). Movimientos Sociales y Delincuencia: Grupos Civiles y Dinámica de la Participación Civil. *Tramas* No. 13, Diciembre. UAM-X. México.

10. Más adelante será abordado el problema de la Institución Asistencial.

11. Siguiendo a Ignacio Martín Baró...

Si el sistema establecido tiende a transmitir y a reforzar patrones de violencia, es importante subrayar que con ello también siembra las semillas de su propia destrucción. Quienes como

está presente otra serie de elementos, sobre todo de saberes, que proceden de la estructura misma del Estado. No es raro encontrar que buena parte de los operadores de la violencia de las organizaciones delincuenciales son o han sido miembros del ejército y de las policías, y que muchos cuentan con un entrenamiento especializado y sumamente sofisticado. El conocimiento de las estrategias militares y policiales se encuentra entonces incorporado a la organización delincriminal, y se constituye como uno de sus activos fundamentales. De esta manera, las formas de la violencia delincriminal se van alimentando y consolidando con un saber estatal, con el efecto aparentemente paradójico de que la violencia delincriminal cada vez adquiere más las formas de la violencia del Estado en sus formas más evidentes, más virulentas: un Estado que se desnuda...

Muchos autores ponen el énfasis en un fenómeno importante, que son los efectos de la violencia sobre la persona que la ejerce. El ejercicio de la violencia no deja indemne, y es necesario que dicho ejercicio se encuentre contenido a partir de un referente que le otorgue sentido y que le permita reproducirse. De esta manera, las organizaciones delincriminales, como todo proceso institucional, no pueden ser analizadas únicamente en relación a su funcionalidad, a su finalidad, o sus procedimientos. La estructura institucional de dichas organizaciones la podemos encontrar a partir de los avatares de sus imaginarios fundacionales, de la memoria y del viático (consciencia) que se revela en su estructura.

En las formas de violencia y las figuras, las imágenes y sus discursividades, encontramos algunas pistas que nos podrían llevar a acercarnos a sus formas imaginarias, a las figuras institucionales desde las cuales se produce sentido.

Así, por ejemplo, tenemos los mensajes que se dejan en el *cuerpo supliciado* de las víctimas. Hay aquí un proceso terrible. La víctima no únicamente es el portador involuntario de un mensaje que se transmite entre mafias (incluyendo en esta denominación a la forma estatal), sino que ella misma deviene un mensaje. Las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, por ejemplo, se constituyen en *signo* de un alfabeto macabro.

En estos hechos terribles, se constata la hipótesis de Girard:

parte de los sectores oprimidos tienen que interiorizar una violencia que les deshumaniza; quienes tienen que aceptar la imposición de unos esquemas y formas de vida que les impiden la adecuada satisfacción hasta de sus necesidades más fundamentales; quienes aprenden que los mismos comportamientos que utilizados por los sectores dominantes llevan al éxito, a ellos como miembros de las clases dominadas les están vedados, se encuentran en la posición de revertir esa violencia, esos valores y esos comportamientos aprendidos en contra de sus opresores. Afectivamente, este proceso es posibilitado por el resentimiento (Baró, 1988, p. 410).

Baró, I. M. (1988). *Acción e ideología. Psicología Social desde Centroamérica*, San Salvador: UCA Editores, 3ª edición.

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 3

ENERO-JUNIO | 2009

ISSN 1870 6932

Al elegir una víctima por quien nadie nunca iba a guardar luto, Apolonio no corre el riesgo de agravar los disturbios que intenta apaciguar, lo que resulta una gran ventaja. El mendigo lapidado presenta todos los rasgos clásicos del *pharmakós*, que, a su vez, se asemeja a los de cualesquiera víctimas humanas en los ritos sacrificiales. Para no provocar represalias se elegía a gentes socialmente insignificantes, sin techo, sin familia, lisiados, enfermos, ancianos abandonados, siempre, en suma, seres dotados de lo que llamo, en *El chivo expiatorio*, ‘rasgos preferenciales de selección victimaria’. Rasgos que apenas cambian de una cultura a otra. Su permanencia contradice el relativismo antropológico. Todavía en nuestros días tales rasgos determinan los fenómenos llamados de ‘exclusión’. Aunque hoy ya no se da muerte a quienes los presentan, lo que constituye un progreso, si bien precario y limitado (Girard, 2002. *Op. cit.*, p. 108).

Estos pequeños progresos, sin embargo, son aún más relativos si pensamos, por ejemplo, los asesinatos de Cd. Juárez, la acción de la policía en Atenco, los grupos paramilitares en las favelas brasileñas...

Las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez se constituyen, pues, en signo de un alfabeto macabro: cuerpos separados de sus cabezas, memorias de una pesadilla en el traslado masivo a un reclusorio, cuerpos alineados, todos con “huellas de tortura” (¿qué habrá sido de esas personas, en la pesadilla de sus últimos momentos?), que en sus posiciones (ésas que el victimario quiere que observemos, que fotografiemos en el paroxismo de una pornografía amarillista), nos indican el sometimiento necesario de ese “cuerpo yacente”¹², cuerpos mancillados de menores explotados sexualmente, que llevan la secuela de una infancia sórdida en su mirada. Todo esto muestra una organización, instituciones delincuenciales que no pueden ser analizadas únicamente en función de sus finalidades anunciadas, en su función social.

Al contrario, estos lenguajes macabros, así como las diversas iconografías de estas culturas delincuenciales muestran una florida producción imaginaria, una creación permanente de imágenes-signo, la creación de un mundo imaginario que otorga sentido y singularidad a dichos grupos.

Las formas imaginarias que podemos deducir de la información que dichos grupos nos proveen, directa o indirectamente, podrían ser caracterizadas en función del mito del “mundo invertido”¹³:

Un elemento esencial del mito vivido del ‘mundo invertido’ es la identificación de los

12. Payá, V. A. (2006). *Vida y Muerte en la Cárcel: Estudio sobre la Situación Institucional de los Prisioneros*. México, D.F.: Plaza y Valdés - UNAM, Facultad de Estudios Superiores Acatlán.

13. Véase: Mühlmann, W. (1968). *Messianismes Révolutionnaires du Tiers Monde*, Paris: Gallimard, Paris, 1968; y también: Manero, R., y Villamil, R. (1998).

despreciados y los reprobados con el pueblo elegido de Dios... Los parias se proclaman élite. Invierten los valores a su favor, como lo analiza Nietzsche en una crítica del cristianismo... Incluso allí donde se trata de humildad y de sumisión, es la expresión de un odio profundo: se quiere pasar por la peor servidumbre a fin de que el juicio de Dios sea aún más terrible. Entonces, este juicio de Dios los investirá, a “ellos”, como jueces... es la convicción de que ‘Nosotros, parias, somos los verdaderos elegidos de Dios’, lo que induce el sentimiento de una perfección donde el elegido no corre siquiera el riesgo de pecar (Mühlmann, 1968. pp. 264-266¹⁴)

Los parias, los delincuentes, no se pueden equivocar, no pueden pecar. Los peores crímenes tienen así caución. Sin duda alguna, esta versión mítica tiene relación con lo planteado por Martín Baró en torno al resentimiento social. La vigencia y la experiencia de tal resentimiento poco a poco los va situando en una dinámica en la que han tenido que crear un mundo aparte, en el cual el tiempo ha llegado ya para que “los parias se proclamen élite”.

Sin embargo, esta figura imaginaria, esta versión del mito del “mundo invertido”, tiene formas de singularización. La iconografía macabra de los cadáveres desmembrados y ensangrentados, los corridos, las capillas¹⁵, tiene una vecindad mayor con las formas sectarias. Estamos más cerca de la magia negra que del ritual piadoso. Estamos más cerca de la modalidad de *posesión* que del mesianismo o de la utopía¹⁶.

Así se va figurando un mundo sagrado que define los procesos de significación de la acción violenta de las mafias delincuenciales. Desde los asesinatos de Sharon Tate por la “Familia Manson”, pasando por los famosos narcosatánicos de los años 80 y 90, hasta los feminicidios de Cd. Juárez, del D.F. y el Estado de México, los encajuelados, los militares masacrados y expuestos, las cabezas colgadas, los cuerpos decapitados abandonados, los cuerpos disueltos en ácido por “El Pozolero”... y un larguísimo etcétera, lo que se va mostrando es la dirección de formas ritualizadas, la acción del resentimiento convertido en acción delincencial.

14. Mühlmann, W. (1968). *Messianismes Révolutionnaires du Tiers Monde*. Paris: Gallimard. Traducción de Roberto Manero.

15. Capítulo aparte merecería el análisis de los íconos sagrados, tales como la capilla de Jesús Malverde o las diferentes figuraciones del culto a la Santísima Muerte. Desgraciadamente es una labor que no podemos desarrollar en este escrito.

16. Véase: Laplantine, F. (1977). *Las Voces de la Imaginación Colectiva: Mesianismo, Posesión y Utopía*, Barcelona: Granica.

En este sentido, tendría que reconocerse la vecindad en términos imaginarios entre los grupos delincuenciales de este tipo, con los grupos constituyentes de movimientos sociales transformadores, incluidos los revolucionarios. Las diferencias, más que en relación con el mito que los organiza, están dadas en su propia temporalidad.

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 3

ENERO-JUNIO | 2009

ISSN 1870 6932

Mühlmann establece que mientras más organizado e institucionalizado se encuentra un movimiento, más se imponen los estratos racionales en su acción. Dicho de otra manera, la institucionalización del movimiento mediatiza las componentes emocionales del mismo, y por lo tanto aleja sus dimensiones proféticas. Así, se va imponiendo la forma de equivalencia estatal: el Estado como modelo de la forma institucional¹⁷. Sin embargo, los mitos de origen, los aspectos emocionales que prevalecían en el período profético del movimiento, no desaparecen simplemente. Al contrario, la institución misma es garante de una memoria de dichos aspectos¹⁸.

Es así como las grandes organizaciones delincuenciales, las mafias, los cárteles, que aparentemente están organizados positivamente para la función que se han asignado, encuentran aún en estas figuras imaginarias y en estas formas de su temporalidad, un sentido que justifica plenamente, a sus ojos, la crueldad y su tipo de acción sobre la sociedad.¹⁹

Figuras Imaginarias en las Víctimas del Delito Violento.

Las acciones delincuenciales enfrentan, en primer lugar, al delincuente con la víctima. Las víctimas del delito no pueden ser consideradas en un grupo homogéneo. No es lo mismo haber sido víctima de un robo sin violencia, que de una violación, un secuestro o un homicidio²⁰.

A diferencia de los imaginarios de los grupos delincuenciales, las víctimas de los delitos violentos no están articuladas subjetivamente a través del cara-a-cara con el que cuentan los primeros. Las víctimas del delito violento son designadas individual o colectivamente, pero no tienen la posibilidad de estructurar vínculos que permitan otorgar de la misma manera sentido a su sufrimiento²¹. Así, el sentido que puede cobrar el proceso

17. Véase: Lourau, R. (1979). *El Estado y el Inconsciente*. Barcelona: Kairós.

18. Manero, R. (1996). El Concepto de Institucionalización y sus aportes a la Psicología Social. *Educación y Comunicación 1996. Anuario de Investigación*, UAM-X, México.

19. El caso de “El Mochaorejas”, secuestrador especialmente cruel que ejercía su acción en el centro de la república, es emblemático. Cuando se le inquirió sobre lo que sentía cuando cortaba las orejas de sus víctimas, respondió que no tenía ningún sentimiento en especial, era una labor necesaria que tenía que cumplir. Sin embargo, se llenó de indignación cuando la policía detuvo a miembros de su familia por complicidad. Allí sí sintió una pena profunda. Esta reacción es similar a la encontrada en torturadores, cuestiones que fueron exploradas tanto con los nazis como con militares sudamericanos. Hannah Arendt ha realizado interpretaciones importantes al respecto.

Véase: Arendt, H. (2007). *Los orígenes del Totalitarismo*. México: Santillana.

20. La víctima del homicidio no es únicamente la persona asesinada, sino también su entorno social, sus redes sociales, su familia, etc.

21. La excepción a este planteamiento estaría dada por los grupos sociales perseguidos: comunistas, ju-

de victimización es mucho más azaroso, y depende de la posibilidad de la víctima para encontrar, en las significaciones que le ofrece la sociedad, algún sentido a su sufrimiento. ¿Cuáles son los mitos, las construcciones y figuras imaginarias que pueden encontrar las víctimas de los delitos violentos?

El estudio de las secuelas que deja la violencia sobre las víctimas del delito requiere el análisis de los procesos de victimización. La víctima no es únicamente un ser pasivo, que sufre los efectos de una violencia ejercida contra su voluntad y a pesar de su resistencia. Al contrario, *el análisis de los procesos de victimización nos revela que la víctima es un ser activo, un sujeto resistente, y que la comisión del acto violento y delictivo no puede simplificarse como la acción unidireccional del delincuente sobre la víctima. Más bien, la acción violenta debe entenderse como la resultante de una compleja sucesión de actos y estrategias, en las que existe una confrontación, indudablemente desigual, y cuyo desenlace es incierto.* Dicho de otra manera, existe un riesgo tanto para la víctima como para el victimario, y el acto delincencial roza permanentemente con lo azaroso y lo aleatorio.

De la Víctima Pasiva a la Resistencia: El Síndrome de Estocolmo²².

Aún en las formas más extremas de la violencia y la crueldad, existe el testimonio de la resistencia de la víctima al tratamiento que le impone su victimario.²³ El repertorio de formas de resistencia de las víctimas de la crueldad y de la violencia podría parecer muy extenso. Sin embargo, lo que intento mostrar es uno de los ejes que podría, en su análisis, dar cuenta de una serie de fenómenos contradictorios y paradójicos. El trabajo que se ha realizado sobre las secuelas que deja en la víctima el delito de violación permite ir profundizando este tema:

... las características específicas de la agresión sexual –grado de violencia, lesiones físicas y presencia de armas- no influyen en las reacciones de las víctimas a corto plazo, pero, sin

dios, musulmanes, indígenas, etc., es decir, allí donde hay una denominación genérica y la violencia se ejerce por su pertenencia a dicho grupo.

22. Los planteamientos que contiene este apartado han sido expuestos en: Manero, R., y Villamil, R. (2002). Violencia y Victimización: Ensayo desde una Perspectiva Psicológica. *El Cotidiano No.111*. UAM-A; así como en: Manero, R. y Villamil, R. (2003). El Correlato de la Violencia en el Síndrome de Estrés Post-traumático. *El Cotidiano No. 121*, UAM-A.

23. Véase: Calveiro, P. (2002). Desapariciones. Memoria y Desmemoria de los Campos de Concentración Argentinos. México: Taurus. También: Reguillo, R. (s/f). Condensaciones y Desplazamientos: Las políticas del Miedo en los Cuerpos Contemporáneos.

En: http://www.hemisphericinstitute.org/journal/4.2/eng/en42_pf_reguillo.html.

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 3

ENERO-JUNIO | 2009

ISSN 1870 6932

embargo, las víctimas de agresiones especialmente crueles experimentan mayores problemas de ajuste a largo plazo... **La violación consumada representa, en último término, la percepción de una dominación física total y de una humillación psicológica extrema...** (Echeburúa, E., y Corral, P., 1995, p. 183²⁴. Negritas añadidas).

Uno de los aspectos que sorprende en las víctimas de la violación, es la frecuencia con la que aparecen los sentimientos de culpa. Es cierto que la violación es uno de esos raros delitos en los que la víctima es frecuentemente culpabilizada por lo que le sucedió. Su atuendo, sus modales, sus características, hacen de la víctima de violación, en ocasiones, el blanco de todo tipo de sospechas.

Sin embargo, el sentimiento de culpabilidad de la víctima de violación ha sido explicado de otras maneras:

...a pesar de lo que implica para la autoestima, produce cierta tranquilidad interna en la vida cotidiana: la violación deja de ser un acto irracional, que puede acontecerle a cualquier mujer, en cualquier momento y (casi) en cualquier lugar, para pasar a convertirse en un suceso que, en tanto la víctima siente que ha provocado, puede ser controlado en el futuro...²⁵

Esta percepción no deja de ser cuestionable: se ha mostrado que cualquier persona puede ser objeto de violación, independientemente de su sexo, edad, circunstancia, etc. Sería un delito que puede suceder de manera casi aleatoria. ¿Se puede vivir así? Nuestras investigaciones han profundizado un poco más la cuestión de la culpa de la víctima. Este sentimiento de culpabilidad parecería estar del todo fuera de la lógica. Pero ¿y si no fuera así?

Desde mi perspectiva, el sentimiento de culpabilidad revela, en la resistencia de la víctima, una de las realidades más terribles que podemos enfrentar: *la víctima encuentra en sí aquello que jamás hubiera querido saber de sí misma*. Durante el proceso de la violación (pero debemos entender que esto sucede en cualquier situación desesperada, a cualquier persona), la víctima ha intentado todos los recursos para controlar la violencia de su violador. No ha resultado. Sabemos, y esto es muy claro para la víctima, que la violación no tiene nada que ver con el placer sexual. La violación tiene que ver con la necesidad del violador de *someter* a su víctima, de rebajarla y hacerla objeto sumiso de sus propios impulsos, cualesquiera que éstos sean.

24. Echeburúa, E. y Corral, P. (1995). Trastorno de Estrés Postraumático. En: A. Belloch, B. Sandín y F. Ramos (Eds.). *Manual de Psicopatología*, Vol. 2, Madrid: McGraw-Hill/Interamericana de España, S.A.

25. Aresti, L. (1997). *La violencia Impune. Una mirada sobre la Violencia Sexual contra la Mujer. Daño Psicológico y Estrategias de Apoyo*. Monterrey, Nuevo León: Facultad de Psicología, UANL. Pp. 40-42.

En un principio, la víctima podría haber sido un objeto pasivo y sumiso, que permitiera, por supervivencia, que el victimario realizara en ella sus deseos. Sin embargo esto no ha sido suficiente. La imaginación de su victimario parece no tener límites. Así, la víctima se ve obligada a tomar un papel mucho más activo. La víctima tiene que actuar en función de los deseos del violador. Tiene que ir un paso adelante. Su resistencia, en ese momento, le permitirá sobrevivir. Pero tiene un alto precio. La víctima anticipó del deseo del violador. Lo sorprendió. Actuó y realizó un deseo que incluso el violador ignoraba en sí mismo. El violador se vio desarmado. La deja ir viva. Sin embargo, será difícil que la víctima se perdone algún día eso que tuvo que hacer para mantenerse viva. *Es la experiencia de la abyección.*

La humillación de la persona provoca una serie de consecuencias, de secuelas, que no son fáciles de interpretar. En principio, la vergüenza y la culpa no tienen que ver ni con la provocación de la violación ni con el deseo de haber sido violada²⁶. La culpa tiene que ver con lo que la víctima descubre de sí misma en el proceso de la resistencia. Esa capacidad de jugar el juego impuesto por su victimario, la lleva a encontrar en sí misma la figura complementaria de un erotismo que se ejerce como poder en relaciones de sometimiento:

El masoquista vive en lo más hondo de la culpa. Pero su falta de ninguna manera es vida en relación con el padre; por el contrario, lo que se vive como falta, como objeto de expiación, es la semejanza del padre (Deleuze, 2001. p. 104²⁷).

Dicho de otra manera, la víctima encuentra que no hay realmente ninguna diferencia en el fondo. Es semejante a su victimario. El simulacro que debió organizar en un momento dado le reveló verdades de las que jamás hubiera querido enterarse. Eso es lo que la víctima le resulta difícil perdonarse. Detrás de la persona adaptada a las condiciones sociales más o menos civilizadas, encontramos la posibilidad de constituir una subjetividad desde las formas más abyectas. La presencia de los núcleos de humillación constituyentes de nuestra subjetividad resulta aberrante, insoportable. *Encontramos un erotismo que requiere de la sumisión, asociado a la violencia. Descubrimos nuestro propio erotismo desde la experiencia de la humillación.*

Así, el *Síndrome de Estocolmo* describe la figura básica asociada a la resistencia de la víctima. La víctima, después del trato atroz infligido por su victimario, termina enamorándose de él. No debemos, sin embargo, pasar a la ligera por esta figura. No es cualquier enamoramiento. Es una relación encajada en las formas más abyectas del erotismo. Engancha en el más profundo desconocimiento. Y el proyecto que incorpora está fundamen-

26. Postura que fue sostenida durante mucho tiempo por psicoanalistas.

27. Deleuze, G. (2001). *Presentación de Sacher-Masoch. Lo Frío y lo Cruel*. Buenos Aires: Amorrortu.

tado en la resistencia. El enamoramiento del victimario restaura en la víctima su calidad humana: el victimario deberá reconocerla como su igual. La víctima ha triunfado, a costa de haber cedido *su propio sujeto*. La víctima vuelve a nacer. Se resocializará.

Del Pharmakós a la Santificación: El Imaginario de la Resistencia Victimológica.

Más arriba se mencionaba algunos elementos que permiten el deslizamiento hacia la victimización. Se trata de lo que Girard denomina los “rasgos preferenciales de selección victimaria”. El caso, por ejemplo, de los feminicidios en Cd. Juárez podría ser emblemático. Mujeres trabajadoras, pobres, sin extensas redes sociales, más o menos indefensas, enfrentadas a un poder generado en la complicidad del Estado con las grandes corporaciones delincuenciales. Es lo más cercano al *pharmakós* griego. En esta figura, los ciudadanos de las *polis* griegas toleraban y mantenían a una persona, un mendigo o un anciano, sobre el cual, cuando se presentaban las condiciones que Girard describe como *crisis miméticas*, se dirigía la violencia comunitaria. Por así decirlo, la *polis* criaba su *chivo expiatorio*.

El proceso para convertirse en *chivo expiatorio*, sin embargo, no es tan sencillo. Existe una gran cantidad de posibilidades que se han mostrado históricamente para el *chivo*. Del mismo proceso sacrificial, por ejemplo, surge la posibilidad de creación del príncipe. Y de allí deriva el poder político, en la hipótesis de Girard.

Es importante mencionar que cualquier acto delictivo asume una significación en el marco de las formas singulares de su organización, pero a su vez articulada con las formas generales de la institución imaginaria, esto es, en su significación social específica. De acuerdo a mi hipótesis, esta significación moderna, característica de nuestros tiempos, está subtendida por la lógica sacrificial descrita por Girard, en un momento en el que las instituciones sociales, especialmente las dedicadas a generar un *orden social*, son anómicas y se encuentran en plena decadencia.

Los asesinatos, la extrema crueldad esgrimida por buena parte de los grupos delincuenciales en sus actividades delictuosas, pero también la otra crueldad esgrimida por el Estado, en sus formas prácticamente feudales de culpabilización y exhibición impúdica de sus presas, son las manifestaciones de la presencia de una violencia mimética, de la búsqueda de un equilibrio o tranquilidad precaria que no ha sido posible recuperar desde hace varias décadas.

Todo asesinato tiene algo de sacrificio, ya que no es posible aislarlo de las condiciones de violencia y su estructura en el deseo mimético. Por ello, toda víctima es, en cierta medida, *chivo expiatorio*. De allí la paradoja: en principio, *la primera expresión resistencial de la víctima está proporcionada por el mismo grupo delincencial*. Hablar de la víctima como *chivo expiatorio* la sitúa ya en un lugar de unificación, le confiere ya un poder:

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 3

ENERO-JUNIO | 2009

ISSN 1870 6932

La comunidad no ha olvidado el extraño, incomprensible drama que antes la sacó del abismo al que ahora teme caer de nuevo. Está henchida de agradecimiento a la misteriosa víctima que primero la sumió en el desastre, pero que a continuación la salvó (Girard, 2002. p. 111).

El pasaje de chivo en líder es inminente. Las víctimas de la delincuencia siempre participan, por lo menos un poco, de esta lógica sacrificial. Todo homicidio es, al mismo tiempo, un sacrificio, y debería buscarse cuál es el sujeto, cuáles son los actores de este drama, en el cual la víctima es el soporte de formas más o menos fugaces de equilibrio de la violencia. La víctima, posteriormente, es sacralizada. Por tanto, habría que pensar que esas víctimas, esos *pharmakós* modernos, son las formas desplazadas de una violencia que equipara al Estado y las organizaciones delincuenciales. Si esto es así, necesitamos otro concepto de Estado. Ya no puede ser este concepto sociológico o politológico (Gobierno, sociedad y territorio). En el planteamiento de Lourau, el Estado es esa *centralidad* presente en toda periferia, es un modelo, una forma social desterritorializada: es una práctica, y por eso es el *equivalente de las formas institucionales*. Este *Estado-Inconsciente* es el que opone a la figura dominante de los grandes cárteles delincuenciales-estatales²⁸, a la sociedad, en tanto sociedad instituyente.

La resistencia de la víctima es, en este primer momento, aportada por el propio grupo delincencial. El grupo tenderá a erigirla en símbolo. Los signos de los que hemos hablado, los cadáveres y esa panoplia macabra tan frecuente en los diarios, tiene el valor de esta simbolización. En la víctima reencontramos nuestro propio poder.

Sin embargo, hay un segundo momento, en el que la víctima se separa de la especificidad de la organización delictiva. Es el momento del *martirologio* y su santificación. Este momento es el momento del triunfo simbólico de la víctima. Su *sacrificio* la santifica, y el prestigio la coloca moralmente por encima de sus victimarios. En adelante, su memoria cabalgará sobre el movimiento, proclamando su superioridad y su poder. Por ello la *desaparición* resulta tan necesaria. *Es la memoria de la víctima la que hace visible la fractura de la organización*. Por eso hay que meterla en ácido (aunque sólo los dientes y las uñas no se disuelven; se constituirán esos objetos en verdaderas reliquias). Indudablemente existen analogías y paralelismos sorprendentes en relación a regímenes totalitarios.

El martirologio es el último avatar de la resistencia victimal. Allí, la víctima encuentra el sentido de *la pasión* como significado privilegiado del sufrimiento. Al constituirse explícitamente como *chivo expiatorio*, la víctima alcanza un estatuto cercano a lo sagrado. Tocarla será un sacrilegio, y su sufrimiento será el medio de la salvación.

28. Esta figura supone la equiparación de la violencia estatal y la delincencial. Mi hipótesis propone que Estado y delincuencia se equiparan en su proyecto de desmovilización de la sociedad a través del miedo o el terror. Sería lo que Hannah Arendt llama la *tentación totalitaria*.

La Institución Imaginaria de la Civilidad y del Orden Social.

La interiorización de un orden social, la internalización de las formas hasta hace un tiempo vigentes de civilidad, fueron la condición por la cual sería posible la convivencia y el desarrollo de las sociedades. Sin embargo, las instituciones estarían allí para garantizar el funcionamiento social. De acuerdo a Donzelot²⁹, desde el siglo XVII y XVIII, esa función fue otorgada a la familia y a la asistencia.

No siempre se ha dado a la institución asistencial la importancia y el peso que tiene en la formación social. Según Donzelot, y en esto su pensamiento es vecino al de Michel Foucault, las sociedades modernas deben su fisonomía a la creación de un modelo familiar inexistente hasta bien entrada la modernidad: se trata de la familia nuclear. La institución social del individuo moderno (el individuo social en el planteamiento castoridiano) sería impensable sin la presencia de una familia con las características de la familia nuclear.

La familia nuclear se fundó a partir de la alianza entre el médico y la mujer, desde la cual se limitaría la libre circulación y la autonomía de los varones y de los niños. El libre aprendizaje fue sustituido por la escuela, y el espacio social y sus costumbres por las nuevas políticas sanitarias. Es en este contexto que la antigua *caridad cristiana* se transformaría en *filantropía*. La filantropía debería generar políticas explícitas para la higiene y la educación.

Resulta interesante que a partir de este momento se empiezan a generar especializaciones fundamentales para la práctica filantrópica. Ya desde entonces, la filantropía requería de formar los especialistas necesarios para justificar y profundizar las prácticas que se iniciaban, y que reconfiguraban los procesos sociales. Y ya desde entonces, la filantropía estaba llamada a *sustituir, a partir de sus prácticas, lo social a lo político*. La *invención de lo social* sustituyendo lo político es una de las características de la filantropía, que se heredaría a la asistencia.

El otro movimiento nos remite a la invención de la institución asistencial. De la filantropía a la asistencia, lo fundamental es el criterio *científico* que debe presidir la acción asistencial. La institución del saber se entroniza como garante de las prácticas de asistencia, y se inicia una explosión y diversificación de saberes alrededor de la pobreza, del tejido social, así como de las problemáticas puntuales de núcleos de población específicos: poblaciones rurales, mujeres, niños, ancianos, etc.

La institución asistencial aumentó enormemente la cobertura y control del Estado sobre el tejido social. De las formas filantrópicas, más centradas en la visibilidad de la miseria y el paternalismo burgués, a las formas asistenciales, el Estado ha sufrido transformaciones importantes. *Lo social* se ha convertido en uno de los ejes básicos para garantizar la reproducción del mismo.

29. Donzelot, J. (1979). *La Policía de las Familias*. Valencia: Pre-Textos.

En el período propiamente asistencial, es decir, allí donde confluye la mitificación del pensamiento científico como garante de la institución, la intervención del Estado en los más íntimos intersticios del tejido social es patente. Poco a poco, la definición de las políticas de salud y ayuda económica, de prestaciones sociales y del trabajo, fue definiendo flujos de población que desfilarían en tanto demandantes frente a las más diversas ventanillas de servicio del Estado. Poco a poco, a través de estos servicios, se fue produciendo las condiciones para el desarrollo de ciertas tecnologías de lo social (las historias clínicas, los expedientes personalizados, las diferentes formas de seguros que aplican a partir de la institución de la *seguridad social*, *figura que rearticularía lo público y lo privado desde la égida del Estado*), que permitirían el control individualizado *de la información* correspondiente a cada uno de los habitantes de una nación.

Las formas contemporáneas de la asistencia muestran su articulación y funciones diferenciadas de acuerdo a la evolución y la estrategia del Estado. A partir de los años 20 y 30, en el período de entreguerras, pero también especialmente a partir de la finalización de la 2ª Guerra Mundial, surge una forma estatal caracterizada como el *Estado de bienestar*. El Estado occidental y burgués debería enfrentar el enorme cuestionamiento surgido de los movimientos socialistas y comunistas principalmente, pero también de diferentes anarquismos y libertarismos (como los de la Guerra Civil Española).

Para ello, el Estado apostó a garantizar un nivel aceptable de bienestar para la población en general (especialmente en los países desarrollados), sin tener que acudir a los preceptos marxistas de la dictadura del proletariado y la supresión de la propiedad privada. En este enfrentamiento, surgieron buena parte de los derechos y prestaciones de los trabajadores y de la población en general. La punta de lanza de la política de bienestar no podía ser otra que la institución asistencial.

Durante este primer período, la institución asistencial tenía el encargo de funcionar como válvula de seguridad o válvula de escape para las tensiones y presiones sociales. En ese sentido, su acción debe entenderse como una fuerza permanente y presente de *despolitización*. Las diferentes demandas sociales eran respondidas con acciones asistenciales, generando un *sujeto de la asistencia* completamente dependiente del Estado, que se definió en ese momento como un Estado paternalista.

Pero ese Estado que ganaba entonces una enorme importancia en tanto productor de *lo social*, se fue mostrando cada vez menos liberal. La intervención del Estado no sólo se daba en la vida social de las naciones. Cada vez fue más evidente la intervención estatal en la economía. Así, en la misma medida de su crecimiento, el Estado se encontraba en un proceso alarmante de burocratización, que amenazaba en convertirse en un lastre definitivo que impediría mantener el desarrollo de las naciones.

Asimismo, cuestionamientos sociales tan potentes como el período del 68 y la contracultura, las guerrillas en diferentes países tercermundistas, guerrillas urbanas en países desarrollados, la desafección generalizada de las instituciones que se vivió en muchos

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 3

ENERO-JUNIO | 2009

ISSN 1870 6932

países, principalmente primermundistas, fueron minando la significación respecto de la eficacia del Estado en la gestión de lo social.

Así, ni en el plano social ni en el económico, el Estado de bienestar estuvo a la altura de los retos que se le presentaron. Poco a poco, se fue haciendo evidente la quiebra de los supuestos que habían sostenido el desarrollo desde la más reciente posguerra. Las economías se fueron sosteniendo en grandes consorcios, fundamentalmente en el tráfico de armas, y posteriormente, de drogas. Se imponía una reforma más o menos profunda de los supuestos del Estado de bienestar. Surge así el período neoliberal.

Las formas neoliberales son inseparables de los fenómenos sociales planetarios surgidos a partir de la caída del muro de Berlín. La ineficiencia del Estado de bienestar era compartida por los Estados autodefinidos como socialistas. En los países del Este, las políticas en relación a la asistencia de la población fueron bastante menos paternalistas. Sin embargo, el costo de la dominación de una burocracia necesaria para un control social más o menos generalizado de la población era demasiado.

La imposición del modelo neoliberal requirió la quiebra del modelo socialista, y la entronización de uno de los polos de la guerra fría como única potencia dominante. Es, en el planteamiento castoridiano, el modelo de una nueva barbarie.

El supuesto adelgazamiento del Estado tiene como eje una serie de redefiniciones, y entre las primeras está la del papel del Estado, de la alta burguesía y el de la sociedad civil. Más que renunciar a las funciones que le fueron encargadas en el momento anterior, el Estado cambia no sólo de prioridades, sino de perspectivas y de finalidades. Así, más que el garante de un bienestar que podía allegarse sin acudir a ideologías y prácticas radicales, el Estado pasa a ser el vigilante que debe evitar cualquier posibilidad de contestación del orden planteado, orden depredador caracterizado por su rapacidad.

Sin embargo, este Estado-policía no necesariamente acude de manera indiscriminada a la represión, que de cualquier manera es su fundamento. A diferencia del Estado de bienestar, el nuevo Estado neoliberal tampoco está muy interesado en promover un bienestar creciente en capas numerosas de la población, como garantía de su permanencia y reproducción. Parecería que estas consideraciones están muy lejos de su preocupación.

Creemos que la característica fundamental del Estado neoliberal es su capacidad de anticipar cualquier movimiento que permitiera cambios importantes en la sociedad. Se trata de asfixiar aún antes de que se exprese, cualquier tipo de contestación. Por esto, el Estado neoliberal es fundamentalmente un *Estado de gestión de los riesgos*.

Este modelo de Estado está caracterizado por trabajar fundamentalmente en los aspectos de prevención. Pero esta prevención no se detiene en el ámbito asistencial o escolar, sino que invade profundamente el tejido social, y cobra su significación más plena en una lectura política.

En su descripción de la *gestión de los riesgos*, Castel³⁰ pone de manifiesto la certidumbre de que el desarrollo de este modelo estatal no podrá realizarse sin un significativo recorte de las capacidades de autonomía. La idea presente en la *gestión de los riesgos* es que dicha práctica, en el contexto de los procesos sociales y culturales, se constituye de manera antidemocrática y autoritaria. Y no sólo eso, sino que da lugar a una serie de instituciones secundarias, que serían entonces aquéllas destinadas a ejercer un control mucho más fino sobre el tejido social.

La crisis de la institución asistencial, correlativa a la misma crisis del Estado, podría ser descrita en los clásicos términos de la *anomia* social. Sin embargo, la violencia desatada, las características de los nuevos grupos dominantes en el Estado, grupos directa o indirectamente delincuenciales, no nos permiten ser demasiado optimistas. La frecuencia con la que se presentan las modernas *crisis sacrificiales* y la *violencia mimética* estaría planteando la posibilidad de la muerte de un modelo, pero también el nacimiento de otro. La violencia delincencial podría ser la caricatura despiadada del modelo decadente, de cuyas cenizas podría nacer una nueva sociedad... O, por el contrario, la prefiguración de una nueva sociedad basada en la gestión de la violencia como modelo de civilidad, y en el terror y el miedo como instituciones del orden social, como lo podrían mostrar las antiutopías vividas en los momentos más negros de nuestra historia.

Bibliografía.

- Ardoino, J. (1988). Vers la Multiréférentialité. En: R. Hess y A. Savoye (Eds.), *Perspectives de l'Analyse Institutionnelle*. Paris: Méridiens-Klincksieck.
- Arendt, H. (2004). *Los Orígenes del Totalitarismo*. México: Santillana.
- Aresti, L. (1997). *La Violencia Impune. Una Mirada sobre la Violencia Sexual contra la Mujer. Daño Psicológico y Estrategias de Apoyo*. Monterrey, Nuevo León: Facultad de Psicología, UANL.
- Calveiro, P. (2002). *Desapariciones. Memoria y Desmemoria de los Campos de Concentración Argentinos*. México: Taurus.
- Castel, R. (1984). *La Gestión de los Riesgos. De la Antipsiquiatría al Post-Análisis*. Barcelona: Anagrama, Barcelona.
- Deleuze, G. (2001). *Presentación de Sacher-Masoch. Lo Frío y lo Cruel*, Amorrortu, Buenos Aires, 2001. P. 104.
- Donzelot, J. (1979). *La Policía de las Familias*. Valencia: Pre-Textos.
- Echeburúa, E. y Corral, P. de (1995). Trastorno de Estrés Postraumático. En: A. Belloch,

30. Castel, R. (1984). *La Gestión de los Riesgos. De la Antipsiquiatría al Post-Análisis*. Barcelona: Anagrama, Barcelona.

- B. Sandín y F. Ramos (Eds.), *Manual de Psicopatología*, Vol. 2. Madrid: McGraw-Hill/ Interamericana de España
- Girard, R. (1995). *La Violencia y lo Sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- Girard, R. (2002). *Veo a Satán caer como el Relámpago*. Barcelona: Anagrama.
- Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y Transversalidad*. México: Siglo XXI.
- Laplantine, F. (1977). *Las Voces de la Imaginación Colectiva. Mesianismo, Posesión y Utopía*. Barcelona: Granica.
- Lourau, R. (1979). *El Estado y el Inconsciente*. Barcelona: Kairós.
- Manero, R. (1996). El Concepto de Institucionalización y sus Aportes a la Psicología Social. *Educación y Comunicación 1996. Anuario de Investigación*, UAM-X, México.
- Manero, R. y Villamil, R. (1998). Movimientos Sociales y Delincuencia. Grupos Civiles y Dinámica de la Participación Civil. *Tramas No. 13*, UAM-X, México.
- Manero, R. y Villamil, R. (2002). Violencia y Victimización. Ensayo desde una Perspectiva Psicológica. *El Cotidiano No.111.*, UAM-A, México.
- Manero, R. y Villamil, R. (2003). El Correlato de la Violencia en el Síndrome de Estrés Postraumático. *El Cotidiano No. 121*, UAM-A, México.
- Manero, R. y Villamil, R. (2004). La Violencia de la Sospecha. La Construcción de la Víctima en el Planteamiento Victimológico. *El Cotidiano No. 127*, UAM-A, México.
- Martín-Baró, I. (1988). *Acción e Ideología. Psicología Social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Mühlmann, W. (1968). *Messianismes Révolutionnaires du Tiers Monde*. Paris: Gallimard.
- Payá, V. A. (2006). *Vida y Muerte en la Cárcel. Estudio sobre la Situación Institucional de los Prisioneros*. México: Plaza y Valdés - UNAM, Facultad de Estudios Superiores Acatlán.
- Reguillo, R. (s/f). Condensaciones y Desplazamientos: Las Políticas del Miedo en los Cuerpos contemporáneos.
- En: http://www.hemisphericinstitute.org/journal/4.2/eng/en42_pf_reguillo.html.